

tas intercambian recuerdos y anécdotas gijonesas, ante el joven editor que los escucha entusiasmado. Tantos años, y tantos aconteceres no interrumpieron ni quebraron una amistad forjada no ya en la admiración y en la confianza mutuas, sino en la sinceridad, esa autenticidad que no impide a Piñer decir, en sus cartas a Diego, cosas que aún hoy nos pueden sorprender, y, en especial, los juicios, algunos de ellos muy duros, sobre la creciente e imparable poesía de Gerardo. Tal relación, tan estimulante y, desde luego sorprendente y curiosa, ya se advertía en los escritos publicados por Piñer en su *Memoria de Gerardo Diego*, como señalamos en su momento⁶.

Viene, pues, esta estupenda edición de las cartas cruzadas entre Piñer y Diego a cubrir un importante hueco en los estudios de la poesía española del siglo XX, generación del 27, orígenes del creacionismo y génesis de revistas y publicaciones, y no sólo de los dos protagonistas de la correspondencia, sino de otros muchos escritores de la época. Opiniones, pareceres y juicios, muy personales y acertados, completan el interés de esta rica documentación, presentada con rigor y precisión documental, derrochados por el editor no sólo en el completo estudio preliminar sino en las nutridas anotaciones a las cartas que nos sirven para situar, identificar y conocer mejor personajes, acontecimientos y gestos, prodigados por los dos poetas en sus epístolas.

Francisco Javier Díez de Revenga

***Los cuatro vientos*. Madrid, 1933. Edición de Francisco J. Díaz de Castro, *Renacimiento (Facsímiles de Revistas Literarias)*, Sevilla, 2000, 290 pp.**

En el panorama de las revistas relacionadas con la generación del 27, *Los Cuatro Vientos*, que publicó únicamente tres números, en el año 1933, es considerada como la última oportunidad de comparecencia común de los poetas principales del famoso grupo literario, la promoción más sobresaliente que dio el siglo XX desde España a Europa. La postrera ocasión en que los “nueve o diez poetas”, como denominó Salinas a los poetas “escogidos” de su grupo, salían en confluencia generosa al público, aunque tal salida fuese de lo más accidentada, con sonada ruptura incluida entre Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén, lo que conllevó que, a partir de entonces, y para siempre, los reproches y las acusaciones cruzados entre Juan Ramón (con su fiel Juan Guerrero Ruiz unido indisolublemente a él) y Guillén (también Salinas y Dámaso Alonso), ensombrecieran tristemente, en lo que a relaciones personales se refiere, las páginas más brillantes que se escribieron en la historia literaria del siglo pasado.

⁶ Francisco Javier Díez de Revenga, “Luis Álvarez Piñer y su memoria de Gerardo Diego”, *Residencia*, 8, 1999, pp. 28-29.

Francisco J. Díaz de Castro, excelente especialista en la poesía de la época y profundo conocedor de la obra de Jorge Guillén, ha sido el encargado de preparar la edición de *Los Cuatro Vientos* en esta segunda salida en facsímil, dado que, como es sabido, y con prólogo de Luis Felipe Vivanco, ya se publicó en Kraus Reprint, de Alemania, un primer facsímil en 1976. Todo ello revela el interés que esta revista, como ocurre con todas las de la época, tiene para los especialistas, aunque a ésta en particular se le añade un cierto morbo, producido por las disensiones y conflictos producidos por la revista y los celos de Juan Ramón Jiménez al ser postergado, tras Unamuno, en su proyectada presencia en el número 2.

La revista, como hemos adelantado, tan sólo publicó tres números, aunque el cuarto, que jamás salió, empezó a ser preparado. Sin ilustraciones artísticas, y con una impresión muy sobria, que a Juan Ramón Jiménez no le gustó nada por su falta de originalidad, se subtuló “Revista literaria”, revelando en este nombre la apertura que ya quería indicar con toda claridad su abierto y ventilado título. Se indica en su primer número que la revista está “publicada” por Rafael Alberti, Dámaso Alonso, José Bergamín, Melchor Fernández Almagro, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Antonio Marichalar, Pedro Garfias y Claudio de la Torre. Los números aparecen fechados, respectivamente, en febrero, abril y junio, ya que la periodicidad era bimestral. Pero sabemos que el último número, el tercero, apareció bastante retrasado, ya en otoño de 1933. Como única referencia “empresarial” se citaba a León Sánchez Cuesta. Librero, y se indicaba el domicilio de su establecimiento, en la Calle Mayor, número 4 de Madrid. Los números se imprimieron los talleres de S. Aguirre, en Álvarez de Castro, 40, en Madrid, la misma imprenta que utilizaban Juan Ramón Jiménez y la editorial Signo, cuyos propietarios eran los murcianos Juan Palazón y Pedro García Valdés.

Las entregas resultaron bastante enjundiosas, ya que tenían en torno a las ochenta páginas de tamaño cuarto prolongado, aunque la letra de composición era generosa, y los espacios en que se situaban los poemas, amplios y abiertos, muy en la línea de cómo gustaban tipográficamente los libros a Jorge Guillén y a Pedro Salinas. Desde un principio fue una revista abierta tanto a generaciones literarias, como a tendencias estéticas e incluso a géneros, ya que incluso incluye teatro en dos de los números publicados. El aspecto externo de la revista era de una seriedad y asepsia llamativas, sin duda buscando no definirse en ningún plano ni estético ni ideológico. Quizá estas intenciones tan pías fueron las que, finalmente, dieron al traste con la efímera publicación, aunque son las consabidas razones económicas, a las que los protagonistas atribuyeron la muerte de la revista. Pero, sin duda, también fue muy importante la opinión contraria de Juan Ramón Jiménez, lo que hizo que la revista no se iniciara con buen pie, entre otras muchas causas.

Díaz de Castro documenta admirablemente, basándose en los epistolarios publicados y en el valiosísimo *Juan Ramón de viva voz* de Juan Guerrero Ruiz, aparecido completo recientemente, en edición de Manuel Ruiz-Funes Fernández, todo lo relativo al enfado juanramoniano, y lo que es más, la malísima opinión que tenía Juan Ramón en torno a la revista, cuyo comentario del primer número es absolutamente demoledor. Sus observaciones sobre la “Oda al Rey de Harlem”, de *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca (una de las primicias ofrecidas por la revista más valoradas por los estudiosos), son de antología, así como otros sabrosos comentarios sobre el resto de las colaboraciones de la revista, cuyo texto conocía de sobra Juan Ramón previamente, porque parece ser que todo lo que se escribía en aquellos años pasaba antes de ser publicado por su mesa. Los poemas de Salinas, que forman parte del primer número, y que son bellísimos textos de *La voz a ti debida* (publicados en adelanto con el título de “Amor en vilo”), merecen también jugosos comentarios también del poeta de Moguer, que ningún especialista debe dejar de conocer. Todo lo detalla Díaz de Castro con absoluta precisión.

El canon del 27, que había sido establecido por Gerardo Diego en la famosa antología de *Poesía española contemporánea*, publicada en año anterior, tiene en esta revista una nueva expresión. Lo que más se valora es la apertura de la revista a “los cuatro vientos”, ya que recoge poemas de estricto surrealismo de Lorca o de Aleixandre, sonetos de Gerardo Diego (adelanto de su neoclásica *Alondra de verdad*), poemas de Jorge Guillén y de Salinas, así como otros textos de autores que no se integran estrictamente en los cánones del 27, desde los maestros (Unamuno fue el único que al final colaboró, aunque se proyectó que fueran también Antonio Machado, Juan Ramón (con la suerte que ya sabemos), Ortega o Azorín. Apertura que también permitió la publicación de textos de Bergamín, de los más jóvenes como José Antonio Muñoz Rojas o José María Quiroga Pla (yerno de Unamuno), o incluso de Miguel Pérez Ferrero, que fue muy crítico con el primer número.

La empresa duró poco, dicen que debido, como hemos adelantado, a dificultades económicas. Pero lo cierto, por lo que se advierte en los documentos aportados por Díaz de Castro, es que da la sensación de que era una revista que iba a contramano, ya que artificialmente pretendía prolongar algo que ya estaba pasando si no es que había periclitado tras la *Antología* de Gerardo Diego, del año precedente, 1932: el entusiasmo de la década anterior. Los autores no tenían tantos textos; el mismo Guillén se desespera y adelanta en *El Sol* un poema que tenía entregado a la revista; y lo que es peor, la oposición y reticencias de Juan Ramón Jiménez, parecen causas más que justificadas para su desaparición el mismo año de su nacimiento y con sólo tres números en la calle. Y, desde luego, la bien intencionada y liberal apertura a todo, en la década de los treinta, ya no era tan viable como antes. Alberti, por ejemplo, que figuraba en el consejo de dirección, no llegó a colaborar, quizá por la indefinición ideológica que pretendie-

ron los promotores, indefinición que, sin duda, contribuyó, poderosamente a su desaparición.

Hoy, pasados tantos años, en un siglo nuevo, *Los Cuatro Vientos* siguen teniendo el encanto aventurero que nos producen estas revistas cuando las tenemos en nuestras manos, aunque sea por medio de un facsímil, que nos permite leer esos textos tal como se escribieron primigeniamente y tal como los leyeron sus primeros lectores, modo de acceso de impagable valor que a los degustadores de la gran literatura de aquellas décadas prodigiosas tanto placer nos produce.

Francisco Javier Díez de Revenga